

¿Por qué esta noche es diferente? Cantan los hebreos con sus hijos en la noche de Pascua.

Es una noche de abril de cuyo año da lo mismo no acordarse, hay un pueblo sin nombre en tensión, amenazado por un tirano cualquiera: persona o virus. Un tal Moisés les ha dicho que ha hablado con un Dios que se ha enamorado de ellos y que quiere su libertad. Ellos se han acostumbrado a vivir adaptándose a las circunstancias, no añoran la libertad porque han nacido esclavos. No saben lo que es, solo experimentan disgusto por el trabajo, las rutinas, el depender de la voluntad de otros. Es luna llena. Ese hombre le ha pedido al Faraón que les deje salir a celebrar un rito de primavera lejos del bullicio, en el desierto. Es un rito muy antiguo, de nómadas: no requiere altares, ni templos, ni sacerdotes. En cada familia se sacrifica al caer el sol un cordero de un año y con su sangre se marcan los palos de la tienda o los dinteles de la puerta. El animal tiene que ser inmolado sin quebrar un solo hueso, es asado a la brasa, para luego comérselo con una mezcla de hierbas amargas y no dejar restos de carne. Los israelitas se reunían en grupos o por familias (como tendremos que hacer ahora replicándolo, sin templos), para cumplir con las prescripciones de orden sagrado. Durante los siete días posteriores al 14 de Nisán (marzo - abril del calendario), el pueblo hebreo sólo comía pan sin levadura (no fermentado), al que llamaban "ázimo" o "pan de aflicción". Ese rito lo van a llamar "paso" (pesaj, pascua) del Señor en una noche terrible, después de otras tantas noches asoladas por plagas, de insectos y ranas, u oliendo el agua del río contaminada de sangre apestosa. Esa noche el ángel del Señor "pasa" sembrando el terror entre los egipcios, a fin de que los hebreos puedan salir (Ex 12). El pueblo, perseguido, "pasa" el mar Rojo y se libra de sus perseguidores (Ex 14; 15; 16). "Pasa" 40 años viviendo en el desierto (Dt 8,10ss). 40 es una medida temporal que indica fin de un tiempo completo en el que se ha aprendido algo. Finalmente, "pasa" el Jordán, y entran en la Tierra Prometida (Jos 3 y 4).

Tales hitos había que celebrarlos. Para que nunca se les olvidase que alguien había cuidado de ellos, sacrificaban y comían juntos el cordero que empezaron a llamar "Pascual", en memoria de lo que habían experimentado (Ex 12,1-4). No deberían olvidar nunca tal hazaña de ese Dios en su favor, por eso siguen celebrando después de casi 3400 años de manera idéntica, aunque hayan pasado por decenas de episodios parecidos de esclavitud y retorno o liberación con el paso de los siglos.

Jesús es un judío buen cumplidor de los ritos hebreos. Cuando llega la luna nueva del equinoccio de primavera celebra con sus discípulos el "pesaj". La fiesta judía duraba siete días. Jesús llega a Betania, muy cerca de Jerusalén, "seis días antes de la Pascua", y lo que hoy llamamos "domingo de ramos" es lo que el hace al día siguiente, en el que todo Israel recordaba con una procesión el retorno de los israelitas exiliados a Jerusalén.

La situación podría ser considerada idéntica: vivir bajo la opresión romana, y las ansias de libertad, habían llevado a muchos a enfrentarse al colonizador sin éxito. Jesús es confundido con un alborotador rebelde. Pero en esa cena, en la que recuerdan esa noche en Egipto, con el rito del cordero inmolado, la sangre en los dinteles de ese animal, las hierbas amargas que evocaban el desierto, los signos que les hacen revivir la repetición de la historia, la oferta de Jesús no va a ser la liberación de los romanos. Jesús que con distintos nombres los hombres siempre tendrán quien les oprima. Siempre habrá faraones. Jesús sabe que la tierra de Canaán puede ser a su vez

un sistema de opresión que no garantiza la libertad ni la felicidad. Ni siquiera la muerte es lo que parece porque esta tiene múltiples caras que siempre se metamorfosean: la enfermedad, el paro, la vejez, la peste, el tirano de turno. La vida que el hombre anhela no puede depender de una situación pasajera. El “paso” primero de Dios por la historia es la elección de un pueblo que no era pueblo. El segundo “paso”, esa liberación adquiere otro significado más profundo. Lo que verdaderamente mata, esclaviza al hombre es el miedo a la muerte, pero no a la muerte física. En algunos puede que sí, pero cuando se ha vivido mucho o se está contra la pared, esta muerte le puede parecer un alivio o el reclamo de un acto heroico de donación para otro. No, se trata de una muerte más sutil: el miedo al miedo. Por el temor que nos suscita el futuro incierto, la soledad, la enfermedad, el no ser amados, la pérdida de las seguridades en las que nos anclamos: familia, trabajo, dinero, afectos, etc. nos hacemos esclavos de cualquier cosa que nos “prometa” amortizarla o desviar su angustiosa presencia. Por eso vivimos para trabajar, para ganar afectos, para obtener placer, para asegurarnos un bienestar futuro...Hasta que llega la historia con sus accidentes, sus dolores inaplazables, sus sufrimientos y nos pone contra la realidad inapelable de que no dominamos nada, que no podemos “añadir un minuto a nuestra vida”. Todo está amenazado. La misericordia de ese Dios nos permite alienarnos, es decir, pensar rápidamente en otra cosa, hacer planes de escape, soñar, adherirnos a ideas firmes que nos prometan mundos posibles. Pero, si no logamos alienarnos, el horizonte es el miedo. ¿Quién nos librá de él?

Todos podemos ser salvados de esa muerte; ya hemos comprendido gracias al coronavirus que ser salvados no es obtener la salud, porque todos -menos los alienados que han confiado en no sé qué estadísticas o el poder de no sé qué método científico- hemos experimentado el temor a no poder ni despedirnos de nuestros seres más queridos. Necesitamos “salvación”. No hay palabra más denostada desde Nietzsche en adelante para el hombre henchido de orgullo. Necesitamos que alguien venza esa muerte y nos garantice que hay esperanza más allá de ella, que no tenemos que temerla hasta el punto de caer en los brazos de la angustia. Ese es el camino que abre la resurrección de Cristo.

La Pascua nueva da origen a un pueblo mucho más numeroso, que congrega una unión fraternal a los hombres y mujeres de toda lengua, nación y raza: la humanidad. Lo que pasa es que este lenguaje no lo entendemos, nos han robado la posibilidad de entenderlo porque lo han llenado de prejuicios y de obstáculos. Parecen solo palabras de crédulos.

¿Que es Dios el que da la vida y derrama su sangre para pintar nuestros dinteles y que pase de largo la muerte? ¿Que es la fe la que nos sostiene y nos permite caminar sin miedo? ¡“No temáis”! (decía el Papa Francisco, comentando el pasaje del lago en la noche en la que la humanidad -en la figura de Pedro- se ahoga), justo en el momento en que todo parece perdido. No entenderemos ese lenguaje hasta que pasemos una noche solos en un box o en una sala, aislados de un hospital del que no podremos salir (“pasar”) por nosotros mismos, en permanente tensión. Una tensión escatológica porque se trata ahora de pasar de la vida a la muerte, no de la esclavitud a un cierto tipo de libertad que se tornará enseguida en servidumbre a cualquier diosillo. Siempre retornamos a los mismos templos a dar culto a las cosas y las personas, pensando que volvemos a ser inmortales.

Es una noche especial, por eso los hebreos dejaban la puerta abierta, un sitio vacío, un plato sin dueño, esperando que esa noche pasase el Mesías, el rescatador. Toda la noche la pasaban en

vigilia, recordando el *éxodo*, repasando la historia propia y la del pueblo, dando gracias con cánticos, *esperando*.

¿Por qué no entendemos que un crucifijo en una pared es tan importante como una marca de sangre en un dintel de una casa de barro en Egipto? ¿Por qué nos cuesta superar el prejuicio que nos han inoculado como un virus patógeno de que no se trata de un anuncio masoquista sino un signo único y genuino de *esperanza*? Ese signo nos grita que estamos de “paso”, que la vida o es entregada -como están haciendo tantos y tantos a los que aplaudimos porque entendemos que se están jugando la propia vida gratuitamente- o se pudre; que el temor está infundado por que un Dios que se ha hecho todo hombre, como nosotros, semejante a nosotros, nos ha abierto la puerta del cielo en una noche de Pascua entregándose a la muerte voluntariamente. De esta manera, que nos parece lejana y extraña ha logrado extirpar el miedo que nos atenaza y que nos hace convertirnos en enemigos los unos de los otros.

Pascua es fiesta, memorial actualizado cada año de la resurrección de Cristo. San Agustín decía «¡Entrad de nuevo en vuestro corazón! ¿Dónde queréis ir lejos de vosotros? Yendo lejos os perderéis. ¿Por qué os encamináis por carreteras desiertas? Entrad de nuevo desde vuestro vagabundeo que os ha sacado del camino; volved al Señor. Él está listo. Primero entra en tu corazón, tú que te has hecho extraño a ti mismo, a fuerza de vagabundear fuera: no te conoces a ti mismo, y ¡busca a aquel que te ha creado! Vuelve, vuelve al corazón... Entra de nuevo en el corazón: examina allí lo que quizá percibiste de Dios, porque allí se encuentra la imagen de Dios ... en tu interioridad serás renovado según la imagen de Dios».

No todos pueden ir a un desierto exterior; pero todos podemos refugiarnos en el desierto interior que es nuestro corazón y buscar el sentido de las cosas auténticas, el significado de la muerte y la vida, la verdadera esclavitud y la verdadera libertad. Para eso -en un mundo poblado de ruidos- hay que hacer silencio y detenerse encerrados en casa. ¡Quedémonos en casa! En esa otra casa que hay dentro de la nuestra de ladrillos.

Es genial que cuarentena venga de 40 días en el desierto, que estos sean el origen de lo que llamamos “cuaresma”. Toca coger la soledad como si fuéramos nosotros los que estamos en una sala aislados. Se acabaron las tonterías que nos separan, las sospechas que nos “a-solan”. “Sola a solo” del alma con el Dios anhelante, que guarda silencio porque respeta la libertad en la que nos creó, que espera nuestro retorno, aquel que nos traería la comunión que ansiamos con él y, por ende, con los demás.

Sin quererlo hemos hecho la mejor cuaresma de nuestra vida: *ayuno* -los que lo contrajimos perdimos el gusto, y con el gusto las ganas de comer-; *limosna* -salir de la recesión económica bestial del confinamiento nos va a suponer tener que ayudar y compartir como nunca nos hubiéramos imaginado nuestros bienes-; y *oración* -porque nunca la gente ha rezado tanto, o ha entrado en su interior buscando en la oscuridad alguien con quien hablar que le explicase lo que está pasando; o, simplemente, poniendo de rodillas el espíritu, porque hemos visto que la ciencia al final tenía que rendirse a la impotencia y a la selección azarosa. Mañana lo olvidaremos, pero no nos durmamos, volverán otros virus, otras catástrofes, porque Dios no puede dejar que pensemos que nuestra vida no tiene más sentido que engordar para el matadero. Por eso la celebración pascual es cíclica, anual, y luego repetida 52 semanas del año en cada eucaristía. Entremos en fiesta. Ya entendemos que significa que “Cristo ha vencido la muerte”, que ha resucitado verdaderamente. Hemos pasado de la muerte, la desesperanza, a la Vida, la esperanza, porque rompió la noche y llegó la mañana.